

y "que para encontrarlos tales que nunca dejarán de hablar prudentemente nise dejasen ladear unas veces más que otras, sería necesario acudir al cielo, porque entre los hombres no se les hallaría." Pero fiel á su idea de una justicia divina, nuestro historiador presenta la muerte del consejero de Carlos el Temerario como un castigo de su crueldad: "Me parece bien decir que despues que el dicho señor de Contay dió aquella cruel sentencia contra los pobres rehenes, uno de los que se hallaban en el consejo me dijo al oido: ¿Veis bien á ese hombre que áun cuando bastante viejo está bien sano? Pues yo me atreveré á apostar lo que se quiera que de hoy en un año no estará vivo; y lo digo por esa terrible opinion que acaba de manifestar; y así sucedió, que no vivió más." *Commines* pone enfrente del dictámen del señor de Contay el parecer humano del señor de Aymercourt, el cual dijo: "Que su opinion era la de que el duque diese libertad á los 300 rehenes, para poner á Dios de su parte en todos sentidos y para dar á conocer á todo el mundo que el duque no era cruel ni vengativo." Y habiendo tenido éxito, contra todas esperanzas, una negociacion de Aymercourt con los Liejeses, el historiador dice "que, en opinion general, había recibido todos aquellos honores por efecto de la bondad que había manifestado en la cuestion de los rehenes," (1).

Froissart y Comminés han vivido en el mismo siglo, y parece que los separa un abismo. Realmente hay un abismo entre ellos. El cronista es el hombre de la Edad Media, gran admirador de las buenas estocadas, pero poco sensible á los males de la guerra, á ménos que recaigan sobre las gentes de Iglesia. Comminés es un historiador político, es el hombre de los tiempos modernos; no ama la guerra, reprueba la crueldad y bendice la clemencia, mostrando que la mano de Dios cae inexorable sobre los hombres crueles, mientras que es misericordioso con aquellos que son dulces y clementes. Podría acusársele de excesiva indulgencia; pero áun al disculpar á los hombres que obran mal, condena ó vitupera el mal. Y no siempre busca excusas; alguna vez no vacila en increpar el orgullo y la cólera que trasportaban á Carlos el Temerario hasta el punto de convertirle en un loco furioso: "En tal estado de ira, el duque salió á campaña y

(1) *Memorias de COMMINES*, lib. III, c. IX.

dió principio á actos de guerra desordenada y mala, como nunca había empleado, como era los de poner fuego adonde quiera que llegaba." Despues se vengó de sus equivocaciones en los prisioneros: "Los que se cogieron vivos fueron ahorcados, excepto algunos que las gentes de armas dejaron escapar por piedad; á gran número de ellos les mandó cortar las manos. Me desagrada contar esa crueldad, pero yo estaba allí y es preciso decir algo," (1).

La humanidad se despertaba en algunas almas elevadas, pero las costumbres eran todavía bárbaras. Comminés es más bien el hombre del porvenir que el de su época; donde hay que buscar el cuadro de las costumbres de aquella es en *Froissart*; bárbaras al comienzo del siglo XV, hasta en las clases superiores, ¿cómo se habían de haber humanizado súbitamente á fines del mismo siglo? Bajo ese punto de vista es necesario colocarse para apreciar con acierto el derecho de guerra al principio de la edad moderna.

## SECCION 2.<sup>a</sup>

### EL DERECHO DE GUERRA EN EL SIGLO XVI.

#### § I.—Hechos.

##### N.º 1.—Barbarie.

#### I.

Uno de nuestros mejores historiadores, hablando de las guerras del siglo XVI, dice: "Se ve uno naturalmente inclinado á pensar que los progresos de la civilizaci6n debían haber suavizado las costumbres, y que los pueblos debían estar expuestos á ménos sufrimientos en el siglo XVI que en el XI ó en el XII; pero un atento exámen nos conduce á creer lo contrario. La historia de los siglos verdaderamente bárbaros no ofrece atrocidades semejantes á las de los castigos de la Guiana en tiempo de Enrique II. En aquel tiempo, los Estados eran mucho más pequeños, y los opresores, más en contacto con los oprimidos, los conocían más y tenían más simpatías con ellos; á mayor abundamiento, veían claramente que destruyendo á sus súbditos se arruinaban ellos mismos, y eran demasiado dé-

(1) *Memorias de COMMINES*, lib. II, c. II y III.

biles y demasiado pobres para soportar tan grandes pérdidas." (1). No señalarémos todas las ilusiones que hacen de esa comparacion entre la Edad Media y el siglo XVI el reverso precisamente de la realidad: los hechos hablan demasiado alto. Si la Europa se vió fraccionada durante la Edad Media en infinitad de pequeños Estados, lo que de ello resulta, en cuanto á los males de la guerra, es que éstos se extendieron á lo infinito, puesto que las hostilidades eran permanentes por todas partes. Si las guerras fueron crueles en el siglo XVI, es que las costumbres eran crueles. Y ¿quién había producido las costumbres del siglo XVI? ¿No eran el fruto de la Edad Media, á la cual se considera más favorable á la humanidad que la era moderna? Si en aquello hay algun culpable es el feudalismo, no es el siglo XVI. Podría acusarse con justicia á la civilizaci6n, si el siglo XVI hubiera encontrado á la Europa civilizada; pero las costumbres eran bárbaras, por consiguiente, debía serlo también el derecho de guerra. Abundan las pruebas de la barbarie general á fines de la Edad Media; nosotros no citaremos más que una sola prueba, la justicia.

La justicia es una especie de guerra, y la guerra una especie de justicia: una y otra principian por la barbarie y la crueldad; la humanidad no penetra en ellas sino muy á la larga. En el siglo XIV las ordenanzas emulan en penas atroces: los monederos falsos son condenados al agua hirviendo; las solteras que ocultan su preñez se las presume culpables de infanticidio, y el juez tiene poder arbitrario al imponerles la pena de muerte para agravar el suplicio como crea conveniente. En cuanto á los crímenes políticos, no había límite á los suplicios. La Guiana se rebeló en tiempo de Enrique II; los prisioneros fueron exterminados en masa, quemados unos, destrozados otros, colgados muchos de las campanas que habían tocado: los jueces y los verdugos rivalizaban en invenciones para prolongar los dolores de la agonía. ¿Se hará á la civilizaci6n responsable de esos horrores? Sismondi lo ha hecho (2), sin reflexionar que calumniaba á la civilizaci6n en beneficio de la barbarie (a). Que se

(1) SISMONDI, *Compendio de la historia de los Franceses*, capitulo XII, seccion III.

(2) SISMONDI, *Hist. de los Franceses*, t. XI, p. 87.

(a) La extrañeza del autor no tiene más fundamento que el de su opinion optimista y, en nuestro sentir, err6nea acerca del progreso. En la historia de la humanidad no ve más que pro-

recuerden los procedimientos horribles contra los herejes y hechiceras, las guerras de destruccion contra las sectas, y no se quedará aficionado á echar de ménos la Edad Media. La barbarie del siglo XVI es un legado de los tiempos feudales; y hé ahí por qué se halla donde quiera la misma crueldad en la administraci6n de justicia. En Alemania, las mujeres eran enterradas vivas despues de cortarles los pechos, y los hombres desgarrados con pinzas candentes ó vergonzosamente mutilados, para que muriesen en medio de largos tormentos. En un pequeño país que no contaba más de 100.000 habitantes, hubo en el periodo de veintiocho años 1.441 personas sometidas á tormento, 474 condenadas á muerte, sin contar las innumerables mutilaciones. Un pequeño duque hizo quemar tantas hechiceras, que el número de estacas asemejaba á un bosque. Los jueces se complacian en los tormentos como en el ejercicio de un arte, y en los anales del foro se leen chistes horribles, dirigidos á los desdichados á quienes se daba muerte con lentos suplicios (1).

La civilizaci6n moderna ha hecho desaparecer la crueldad del santuario de la justicia; por consiguiente, no es culpable la civilizaci6n. Si queremos investigar las causas de la barbarie general que reinaba en el siglo XVI, hallaremos que la religion, que pasa por el elemento principal de la civilizaci6n europea, daba lecciones diarias de crueldad. Apresurémonos á añadir que es la religion tal como la comprendía el genio feroz de los teólogos. La horrorosa idea del infierno, ¿no hacía de un Dios de caridad un verdugo? Los protestantes exageraron esto más que el catolicismo. Los católicos, áun cuando ávidos de suplicios, tenían al ménos un purgatorio donde el verdugo perdonaba; el Dios de los protestantes no conocía más que tormentos eternos. ¡Singular contradicci6n del espíritu humano! Es incapaz de concebir la eternidad, y quiere que haya penas eternas (a).

¿Cómo se habían de humanizar las costumbres cuando las creencias eran bárbaras? Y mientras

greso constante y general, siendo no ménos evidente que lamentable que hay momentos de retroceso y de decadencia—(N. del T.)

(1) A. MENZEL, *Geschichte der Deutschen*, t. V, pág. 127 y siguientes.

(a) Aparte de la idea del infierno, que no es exclusiva del cristianismo, y de la eternidad de las penas, que es idea teológica y no cristiana, las guerras de religion han sido siempre y en todas partes crueles por todo extremo. Pero Cristo no predicó la guerra, sino la paz.—(N. del T.)

que las costumbres fuesen bárbaras tenían que serlo las guerras, porque en medio de nuestra civilización, que se distingue por su humanidad, la vista continua de sangre acaba por embotar la compasión. Hemos dicho que la monarquía contribuyó á difundir el maquiavelismo en la diplomacia; también el orgullo real hizo las guerras más crueles. Luis XII se apoderó por asalto de la plaza de Peschiera, y la guarnición fué pasada á cuchillo y colgados de las almenas el gobernador y su hijo por haber dado aquel noble veneciano "una villana respuesta," á la intimación de que se rindiera. Y fué el rey solo el culpable de esa ejecución, porque los gentileshombres que le rodeaban solicitaron el perdón de los prisioneros, y el biógrafo del caballero Bayardo dice que la crueldad de Luis XII sorprendió y afligió al ejército. Sin embargo, el rey de Francia tenía reputación de bondad y de dulzura. ¿Por qué se mostraba más cruel que los soldados? "Había, dice un historiador francés, en el fondo de aquella cólera un orgullo insensato: era un crimen el defender una plaza en frente de un gran rey," (1). Los ejércitos concluyeron por abrazar las preocupaciones de sus jefes, y en la expedición italiana de Francisco I, el mariscal de Montmorency, habiendo tenido que asaltar una torre que protegía un puente sobre el Tessino, mandó ahorcar los prisioneros, porque se habían atrevido á defender "un gallinero semejante contra un ejército francés." Aquella barbarie se convirtió en derecho, porque se practicaba habitualmente. Hablando *De Thou* del saqueo de Bouvines dice: "que, hechos prisioneros una gran parte de los habitantes por el duque de Nevers, los mandó colgar, siguiendo las leyes de la guerra, por haber querido aguantar temerariamente el fuego del cañón," (2). Ese es el derecho de guerra del Oriente: siendo el déspota la imagen de Dios, los que se atreven á resistirle son criminales que merecen la muerte. Había, además, un cálculo en aquella crueldad: los reyes querían facilitar la conquista aterrando á las poblaciones, cálculo por demás impolítico. El temor de una muerte ignominiosa abrió á los Franceses las puertas de algunas fortalezas; pero les hizo más tarde perder la Italia, porque el odio fué más profundo que el terror (3).

(1) MARTIN, *Hist. de Francia*, t. VII, p. 376.

(2) DE THOU, *Hist. universal*, lib. XIII.

(3) JOVIUS, *Historia*, lib. II (t. I, p. 30): «Cujus inhumani facinoris fama pervagata totam Italiam sicuti maximo terrore omnibus fuit, ita Gallorum genti incredibile odium excitavit.»

Hay otra causa de la barbarie de las guerras y que data de la Edad Media. Las hostilidades bajo el régimen feudal eran universales, en el sentido de que todo habitante era enemigo y tratado como tal, y hasta podríamos decir que la misma naturaleza era considerada como enemiga. Eso mismo sucedía en el siglo XVI. En la declaración de guerra de Francisco I á Carlos V se lee: "Hacemos saber que hemos declarado enemigos nuestros y de nuestros reinos, señoríos y súbditos al dicho emperador, á sus allegados y partidarios, á la vez que á todos los súbditos de sus países patrimoniales, y al hacer esto, permitimos y damos patente á todos nuestros súbditos para hacer armas contra aquéllos en guerra por tierra y por mar," (1). De este modo, los súbditos de las partes beligerantes venían á ser enemigos; y puestos en juego sus intereses y sus pasiones, quedaban interrumpidos el comercio y toda clase de relaciones pacíficas; aquello se parecía á un duelo á muerte. Á medida que se formaron los grandes Estados, aquellos sentimientos estrechos se fueron ensanchando; la guerra no fué ya una lucha de individuo á individuo, sino de sociedad á sociedad, y de ello resultó que la inmensa masa de los habitantes quedaron al abrigo de los males de la guerra. Tal fué la bienhechora influencia de la civilización.

No es la sangre vertida en las batallas, por muy sangrientas que ellas sean, la pérdida más considerable que resulta de la guerra; la mayor calamidad es la destrucción perfectamente gratuita que acompañaba en otro tiempo á las hostilidades entre vecinos. Al principio de la era moderna duraba todavía esa calamidad, la cual dependía en gran parte de la organización de los ejércitos, puesto que los mercenarios no datan precisamente del siglo XVI, sino que los encontramos en la Edad Media, desde que las luchas feudales se convirtieron en verdaderas guerras. Sabida son las devastaciones causadas en la Francia por las famosas compañías en los siglos XIV y XV. Los mercenarios fueron una necesidad en tanto que no se organizó el reclutamiento de una manera regular, é inútil es insistir sobre el carácter bárbaro de las tropas mercenarias, sabiéndose que la barbarie está en su esencia, y de ello dan testimonio las guerras del siglo XVI. Que una ciudad fuese

(1) GRANVELA, *Documentos de Estado*, t. II, p. 650.

tomada por asalto ó que se rindiese á discreción, el saqueo y la violencia eran de derecho; y hartas veces la ciudad era incendiada y degollados hombres, niños y mujeres. En cuanto á las campañas, eran literalmente presa de la destrucción, arrasadas las aldeas, segadas las mieses, degolladas las pjaras y el país convertido en un desierto. Y no siempre se respetaban las iglesias: en 1552, los soldados católicos de Carlos V pusieron fuego á los templos y cometieron, al decir de un testigo ocular, "excesos más enormes que pudieran haber cometido los Turcos y los infieles. Algunas veces eran asesinados los prisioneros," (1).

## II.

Nos vemos obligados á entrar en algunos detalles acerca del horrible derecho de guerra del siglo XVI para desempeñar nuestra tarea; pero podemos ser breves: no hay más que abrir el primer cronista á la mano para nadar en sangre y ruinas; y con mucha razón trataron los Italianos de bárbaros á los vencedores; merecían ese afrentoso título. El ejército del buen Luis XII ahogó en las grutas de Masano á 6.000 refugiados, hombres, mujeres y niños, para apoderarse de cuanto tenían. El duque de Nemours permitió un degüello general en Brescia: Fleurange, uno de sus capitanes, dice que los Franceses mataron allí á 40.000 habitantes indefensos; los Suizos, sobre todo, mostraron una avidez insaciable, y sus crueldades convirtieron en proverbio la barbarie tedesca; tenían placer en la matanza, y se embriagaban con la sangre, llegando á cebarse hasta en los enfermos que había en los hospitales (2). A su vez, los Italianos cometieron actos de salvajismo. En Parma devoraron el corazón de sus prisioneros, á quienes comenzaban por abrirles el vientre, y ántes por hacerles comer el pienso de sus caballos (3).

El asalto de Roma por un ejército cristiano y católico en gran parte muestra en toda su fealdad las viles pasiones que enciende el oficio de la guerra. Se ha comparado el saqueo de Roma á la invasión de los Bárbaros, y un historiador alemán declara con tristeza que en la historia no conoce ejem-

(1) FRANCISCO DE RABUTIN. *Comentarios*, véase PETITOT, tomo XXXI, p. 44.

(2) SISMONDI, *Hist. de los Franceses*, t. IX, p. 153.

(3) DU BELLAY, *Memorias*, véase á PETITOT, t. XVII, p. 373.

plo de más atroces excesos (1). No hay que admirarse del saqueo de una ciudad por hordas de mercenarios que tenían más de bestias que de hombres; pero la ocupación de Roma tuvo de particular que el pillaje y los crímenes que le acompañan duraron algunos meses; el saqueo se reanudaba todos los días, y no era tanta la crueldad la que animaba á los feroces vencedores como la codicia llevada hasta el furor: no se oían más que los gritos de los desgraciados á quienes atormentaban para hacerles declarar dónde tenían oculto su dinero. Hay una lección de moral en aquellas escenas de devastación y de carnicería. El historiador se lamenta de los excesos de los verdugos, sin poderse lamentar de las víctimas. Roma contaba 30.000 hombres en estado de llevar las armas, y el papa no pudo hallar más que 500 soldados para defender la capital del mundo cristiano. "Hubo pocos muertos, dice un historiador italiano; no se mata á los que no se defienden, pero el saqueo era inevitable," (2). Las riquezas de la cristiandad habían afluido á Roma durante muchos siglos; si los Romanos no querían combatir por sí mismos, ¿por qué no hicieron el sacrificio de una pequeña parte de sus riquezas, para reclutar mercenarios? El papa no pudo obtener el dinero que les pidió, sin que bastasen para ello las indulgencias que les prometió; los súbditos del soberano pontífice prefirieron al cielo sus escudos (3). Pero ¿por qué increpar á los súbditos, cuando el verdadero culpable es el perverso gobierno de los papas? Los Romanos no se defendieron porque no les quedaba nada que defender más que su dinero. Algunos años después peleó Florencia con heroísmo contra el emperador y contra el papa: peleaba por la libertad.

## N.º 2.—Humanidad.

### I.

Hemos encontrado gérmenes de humanidad en medio de la barbarie de la Edad Media, en los sentimientos de la raza germánica y en las creencias cristianas. Si el caballerismo no fué su ideal, como han cantado los poetas, por lo menos hacía profe-

(1) BARTHOLD, *Georg von Frundsberg*, p. 453.

(2) VETTORI, véase RANKE, *Fürsten und Völker*, t. II, p. 109, nota.

(3) BARTHOLD, *Georg von Frundsberg*, p. 430.

sion de lealtad y de generosidad, y alguna vez practicó esas bellas virtudes, aunque dentro de estrechos límites. ¿Se habrían de haber perdido súbitamente esos gérmenes con los primeros pasos de la civilización moderna? Sería inexplicable, ó, mejor dicho es imposible. Si las costumbres bárbaras de los tiempos feudales se transmitieron al siglo XVI, los instintos de humanidad que en aquéllos despuntaron transmitirse debieron, y hasta des-envolverse también, en virtud de la ley del progreso. En vano se niega la perfectibilidad de los sentimientos morales, la cual se descubre en los hechos cuando se les considera sin esa preocupación que lleva á ensalzar un pasado imaginario á expensas del presente, cuyos males exagera. La guerra fué atroz en el siglo XVI, lo confesamos: pero la conciencia general reprobaba aquellas atrocidades, porque se llamaba *mala guerra* aquella que se hacía sin dar cuartel, y no se consideraba como legítima aquella *mala guerra*, sino cuando se hacía á título de represalias (1). Á aquella guerra sin piedad ni misericordia se oponía la *buena guerra*, en la que los prisioneros se rescataban ó se les otorgaba la libertad.

Hé aquí una cosa nueva y un inmenso progreso. En la Edad Media, la flor del feudalismo, los caballeros no reprobaban el derecho de que hacían uso con los vencidos, cuando éstos eran villanos. En el siglo XVI, los mismos que ejercitaban el derecho atroz del vencedor lo estigmatizaban; pues un derecho que se condena ya no es derecho, y dejará pronto de ser ejercitado. Las represalias parecían que legitimaban todos los horrores de la guerra; pero el instinto de la justicia, que es indestructible, rechazaba aquel bárbaro derecho; y la *buena guerra* triunfó á veces en medio del sangriento choque de las pasiones. Después de la batalla de Pavia, los Suizos se unieron á los lansquenets en actitud de suplicantes: muchos de ellos, no esperando misericordia alguna de aquellos con quienes jamás la habían tenido, habían buscado su salvación, ó, mejor dicho, la muerte en el Tessino; pero los Suizos que apelaron á la humanidad de los lansquenets encontraron sentimientos de piedad que no podían esperar. Los Alemanes dijeron que esperaban que los Suizos tuviesen memoria de la conmiseración que encontraban en sus vencido-

(1) *Memorias de DU BELLAY*, en PETITOT, t. XVII, p. 445.

res, y que á su vez serían humanos con los vencidos (1).

Ya en la Edad Media se concedía rescate á los prisioneros de nota, y el interés se unía á la humanidad para salvarles la vida. Esa costumbre subsistía aún en el siglo XV; el excelente cronista *Martin du Bellay* cuenta que, hecho prisionero él mismo, fué puesto en libertad bajo su palabra, mediante el rescate de 3.000 escudos, á condición de regresar en término de diez ó enviar la cantidad, y que tuvo por fiador á un gentilhomme del emperador que se había criado en Francia (2). El uso de los rescates se prestaba á abusos, y más de un soldado siguió el ejemplo de Carlos V, que mostró poca generosidad como vencedor de Francisco I. Felipe II rebajó la suma que un Español exigió al señor de Maintenon, hecho prisionero en la batalla de San Quintin. El vencido quedaba á merced de su vencedor hasta satisfacer el rescate, y la merced de los rudos guerreros del siglo XVI no era muy compasiva que digamos. Un comerciante de Amberes se quejó á Felipe II de que, habiendo sido cogido por un Frances, éste le tuvo preso dos años más horriblemente que si fuera un criminal (3).

¿Qué era de los prisioneros de quien no se podía esperar rescate alguno? El vencedor podía disponer de ellos á su antojo; y no siempre los trataba con humanidad. Carlos V hizo cargos á Francisco I porque empleaba á los Españoles en las galeras como á esclavos (4). En 1552, el mariscal de Vieilleville vió á sus soldados que jugaban los prisioneros á los dados, así como los caballos, porque eran de países desconocidos y no tenían esperanza de sacar de ellos un céntimo. "Vieilleville se indignó grandemente, y les prohibió matar cuando los sorprendió *in fraganti*, encontrando muy inhumano el que los cristianos se convirtieran en Turcos; puso en libertad á los prisioneros y echó de sus filas á los bárbaros jugadores," (5). Frecuentemente la masa de los prisioneros era puesta en libertad. Después de la batalla de Pavia, el duque de Borbon mandó que los prisioneros que no tenían

(1) *Crónica suiza*, véase á BARTHOLD, *Georg v. Franksberg*, p. 337.

(2) *Memorias de DU BELLAY*, en PETITOT, t. XIX, p. 233.

(3) *Negociaciones relativas al reinado de Francisco II*, páginas 67, 132.

(4) *Memorias de DU BELLAY*, PETITOT, t. XVIII, p. 385.

(5) *Memorias de VIEILLEVILLE*, PETITOT, t. XXVII, p. 83.

medio de pagar rescate se retirasen á Francia. "Yo fui del número, dice *Montluc*, porque mi bolsa estaba vacía. El duque no nos dió víveres ni recursos, de suerte que no comíamos más que rábanos y tronchos de berzas que poníamos sobre las áscuas," (1). Los tratados estipulaban ordinariamente la libertad sin rescate de los prisioneros pobres, pero no siempre se les ejecutaba. Un Español se quejó al rey de Francia "de que, habiendo sido hecho prisionero por soldados franceses, le cedieron éstos á un gentilhomme de Reims, que le había tenido siempre prisionero, tratándole mal y con la mayor pobreza y miseria." En la paz de Cateau-Cambresis se convino "que todos los infantes á sueldo de una y otra parte fuesen cangeados, sin consideración á su número y sin obligarles á pagar sus gastos," (2).

El derecho de guerra se iba aproximando á los tiempos modernos; pero todavía reinaba la lucha entre la barbarie y la humanidad, siendo el interés personal del vencedor el que sofocaba los sentimientos de generosidad; pero es un resto de la Edad Media que la civilización llegará á dominar. La guerra era completamente individual mientras que se hizo entre señores: cada soldado la hacía, en cierto modo, por su cuenta, y por su cuenta aprovechaba la victoria; y de ahí los rescates. En su origen, los rescates fueron un beneficio, porque estimulaban á la clemencia por medio del interés á cada combatiente: era como una escuela de humanidad; la escuela, sin embargo, no era irreprochable; no es verdadera humanidad la que está inspirada por el interés. La codicia es mala consejera, y bien se demostró en el siglo XVI. Pero el abuso tenía su origen en el carácter individual de las guerras, y desapareció cuando éstas llegaron á ser negocios de Estado.

Había, además, otro exceso que arrancaba de la barbarie de la Edad Media, la devastación de los campos; se realizaba, por lo general, sin provecho para los beligerantes, nada más que por capricho de perjudicar al vecino. Los mercenarios del siglo XVI eran tan ladrones y tan devastadores como los de las guerras feudales. Sin embargo, los sentimientos de humanidad y de justicia comenzaban á luchar contra la barbarie. Hacia el

(1) *Memorias de MONTLUC*, PETITOT, t. XX, p. 459.

(2) *Negociaciones relativas al reinado de Francisco II*, páginas 136, 250.

año 1552 hubo una negociación de las más interesantes entre el mariscal de Brissac y los Españoles. El general francés creía que la destrucción de los campos "era contraria al deber de humanidad que debía tenerse con los labradores, los cuales no debían sufrir por las querellas de los príncipes." Brissac invocó los recuerdos de la antigüedad, tan poderosos después del Renacimiento; pero para encontrar entre los antiguos ejemplos de humanidad necesitó recurrir á una novela: "El gran rey Ciro, dijo, mandó que durante la guerra hubiera en todas partes paz para los labradores. Al soldado en marcha que entra en la casa de un aldeano debe bastarle lo necesario para beber y comer solamente. Lo que pase de esto es ya avaricia y furia vandálica que repugna á la decencia y al valor que deben reinar entre soldados bien disciplinados." Y para evitar los excesos que pudieran ocurrir, propuso Brissac hacer algunas capitulaciones que sirvieran de garantía al pobre pueblo durante la campaña. El general español, protestando que no tenía menos consideración que el mariscal á los labradores, le objetó: "Que no había visto jamás una capitulación semejante, y que le hasta parecía difícil por no decir imposible, llevarla á efecto, á causa de la diversidad de los acontecimientos de la guerra, sujetos á tantos cambios, cuya reglamentación era imposible." El mariscal insistió, y se verificó un tratado "para la seguridad del labrador durante la campaña, en el cual se convino que no se haría la guerra á los paisanos sino cuando se les encontrara llevando víveres á las fortalezas; y que el soldado no podría tomar en la casa de aquéllos más que lo que necesitara para comer y de lo que hubiera en la casa, sin obligarlos á buscar víveres fuera de ella," (1).

## II.

La *buena guerra* luchaba contra la *mala guerra*, acabando aquélla por sobreponerse; pero el progreso se realizaba lentamente. En el día, la compasión de los vencidos parece tan natural, que ya no se ensalza por ella al vencedor, mientras que en el siglo XVI pasaba por un acto de heroísmo el rasgo más sencillo de humanidad. Carlos V emprendió el sitio de Metz en una mala estación, y el cam-

(1) PETITOT (t. XXIX, p. 1-3, 139), *Memorias de DUVILLARS*.